

ORAR CON EL CORAZÓN

SANTIAGO M. INSUNZA, OSA

Señor, enséñanos a orar, suplicó a Jesús un discípulo (*Lucas 11,1*), y Jesús recitó con emoción y ternura el Padrenuestro. A partir de aquel día, pasó a ser *la oración que Jesús nos enseñó*. La aprendimos de niños –como los nombres de los ríos– y la hemos repetido en momentos, lugares y circunstancias muy diferentes. Decir *Padre* es decir confianza y decir *nuestro* fraternidad.

¿Orar en el siglo XXI? ¿Orar en tiempos de prisas y cuando se va asentando una cosmovisión que excluye la fe religiosa? ¿Orar filial y fraternalmente sin que el hombre contemporáneo vea mancillado su deseo de autonomía y emancipación? Preguntas inútiles para quienes Dios ha dejado de ser centro y nervio de su existencia. Algunas formas de oración, sin embargo, son compatibles hasta con la indiferencia religiosa. La sospecha de algo inefable y misterioso se aviva cuando el ser humano vive situaciones de conflicto o toca su propia fragilidad.

Dicen los analistas de la fenomenología religiosa que el hombre moderno tiene psicología de dioscecillo y está radicalmente incapacitado para aceptar sus propios límites (cf. GONZÁLEZ CARVAJAL, L., *Ideas y creencias del hombre actual*, Ed. Sal Terrae, Santander 1991, p. 123). En este contexto, no es fácil hablar de la oración cristiana que es diálogo, escucha, interioridad habitada, fidelidad sin condiciones. Otra cosa es el monólogo del hombre desvalido, el grito suplicante, el corazón que se aúpa hacia el infinito tratando de superar el dolor invencible. Lo religioso se convierte, entonces, en recurso último y regazo intimista sin que pueda hablarse de una presencia personal.

El hombre postmoderno prepara su propio combinado religioso sin espacio para la oración y para los sacramentos. Como resultado, una fe laminada hasta el extremo, una forma de ateísmo larvado, una gran debilidad moral y psicológica. Estamos ante nuevas formas de vulnerabilidad humana. “*Las personas nacidas después de 1955, tienen el doble de posibilidades de sufrir una depresión que sus padres y el triple que sus abuelos*”, se podía leer en el diario ABC (1 de Junio, 1999). El psiquiatra Dr. Rojas Marcos manifestaba: “*De la era del narcisismo hemos pasado a la actual era de la depresión*”. Y Vattimo afirma que la postmodernidad lleva a cabo una “*cura de adelgazamiento del sujeto*” (*El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura postmoderna*, Ed. Gedisa, Barcelona 1986, p.46). Adelgazamiento de certezas, de vinculaciones, de seguridades.

La oración mide la temperatura religiosa de nuestra vida y si no revisamos nuestro modo de orar –como se revisa la tensión arterial–, podemos vivir en situación de riesgo. Dime cómo oras y te diré cómo vives, dime cómo vives y te diré cómo oras, dime cuánto oras y te diré cuál es la seriedad y profundidad de tu vida cristiana.

LA ORACIÓN AGUSTINIANA

San Agustín no escribió ningún tratado sobre la oración. Su influjo, sin embargo, es grande en todas las escuelas de espiritualidad porque es, sin duda, uno de los grandes orantes de la cristiandad. “*Padre de la plegaria*

cristiana”, le llama el P. Capánaga (cf. CAPÁNAGA, V., *Agustín de Hipona*, BAC Mayor 8, Madrid 1974, p.353). Y Juan Pablo II ha afirmado que san Agustín es “*un hombre hecho de oración*” (Carta Apostólica *Augustinum Hipponensem*, Madrid 1986, p.47), porque dedicó tiempo a la oración, alcanzó en ella los grados más altos de la mística e hizo de su vida y de su trabajo una continua oración.

La clave de la *conversión* –como la clave de la vida cristiana– está en la *oración*, y la garantía de la oración cristiana esta en la *interioridad*. El sentido permanente e inacabado de la conversión va unido a la oración. De modo muy particular a la oración agustiniana que supone mirar a Dios y mirarse a sí mismo. La invitación a la conversión es el fruto de este diálogo. Por lo tanto, la oración incesante es garantía de conversión incesante. Conversión ininterrumpida porque cada día hay que repetir el mismo trabajo, cada día hay que renovar el amor y cada día hay que restaurar el proyecto de vida. San Agustín compara el alma humana con un barco ya viejo por los años y el azote de las olas. Continuamente entra el agua en él y hay que achicar sin descanso (Sermón 56,11). “Una cosa es levantarse pronto y otra no caer. (...)Mi única esperanza es tu extraordinaria misericordia” (*Confesiones* 10,35,57).

El pensamiento agustiniano sobre la oración tiene un doble fundamento: La Sagrada Escritura y su visión acerca del ser humano. Dicho de otro modo, su antropología. Dos textos del Nuevo Testamento le sugieren lo que podríamos llamar los acentos de la oración agustiniana: *Orar en lo secreto* (Mateo 6,6) y *orar siempre, sin desfallecer* (Lucas 18,1).

ORAR EN LO SECRETO ES ORAR CON EL CORAZÓN

“*Vosotros, por el contrario, cuando recéis, entrad en vuestros aposentos*” (Mateo 6,6). Estos aposentos son nuestros corazones, como se indica en el Salmo: *Reflexionad en el silencio de vuestro lecho* (Salmo 4,5). Y “*cuando vayas a rezar, cierra la puerta y reza a tu Padre en secreto*” (Mateo 6,6).

En esta misma línea, Agustín define la oración como “clamor del corazón, no de la boca ni de los labios” (Sermón 156,15). “Clame al Señor con la voz del afecto del corazón, no con el ruido y estruendo de los labios” (*Comentarios a los Salmos* 141,2).

Hay toda una simbología bíblica, literaria y popular sobre el corazón. Para los antiguos, la vida estaba en la sangre; por eso la vida parece centrada en el corazón. Las grandes preguntas y las grandes respuestas de la vida, pasan por el interior del hombre: “En el interior habita la verdad” (*La verdadera religión* 39,72) y Dios habla al corazón. “Cuando recéis con salmos e himnos, resuene en vuestro corazón lo que decís con la voz” (*Regla* 2,3). San Agustín tiene claro que la oración o es interior o no es oración. “Es un grito que se eleva del corazón al Señor. Pero si ese grito consiste en un rumor de la voz, sin que el corazón de quien ora se dirija a Dios, no hay duda que es perder el tiempo. Si en cambio, se grita con el corazón, aunque la voz del cuerpo permanezca en silencio, el grito, imperceptible para el hombre, será oído por el Señor. Por lo tanto, al orar podemos gritar a Dios o bien con la voz exterior (cuando lo requieran las circunstancias) o, incluso, permanecer en silencio, siempre que, cuando oremos, gitemos con el corazón” (*Comentarios a los*

Salmos 118,29,1).

Para Agustín el corazón del hombre es el hombre mismo, su interioridad, su conciencia, su voluntad, su inteligencia, su libertad, aquello que más nos califica como humanos. En el corazón cada uno es lo que es. Es la sede de los sentimientos, del amor que determina la elevación o el abajamiento, porque el hombre vale por aquello que ama (*Confesiones 13, 9,10*). Es la misma visión evangélica que privilegia el mundo interior sobre el exterior. “*No es lo que entra en la boca lo que hace impuro...*” (Mateo 15,11 y 19). Por eso el camino de conversión y de retorno a Dios va unido a la conversión del corazón. Purificando el corazón, es decir el amor, se llega a Dios (*Comentarios a los Salmos 99,5*). “*Toda la tarea de esta vida es la de curar el ojo del corazón con el que se pueda ver a Dios*” (*La doctrina cristiana 1,36,40*)

Esta relevancia del corazón en la literatura agustiniana bebe en fuentes bíblicas. “*En el AT como en el NT, el corazón es el lugar en el que el hombre encuentra a Dios, encuentro que se hace plenamente activo en el corazón humano del Hijo de Dios*” (LEON -DUFOR, X., *Vocabulario de Teología Bíblica*, voz “corazón”, Ed. Herder, Barcelona 1988, p.189).

La insistencia de san Agustín en la interioridad queda reflejada en distintos textos, porque “*lamentablemente son muchos los que aclaman con la voz, pero están mudos en el corazón*” (*Comentarios a los Salmos 119,9*). “*Son muchos los que gritan con la voz de su cuerpo, mientras es el hombre interior, donde Cristo habita por medio de la fe, quien debe gritar al Señor con la propia voz, es decir, no con el estrépito de los labios, sino con el afecto del corazón*” (*Comentarios a los Salmos 141,2*). “*Tú te postras con el cuerpo, inclinas la cabeza para confesar tus pecados a Dios y adorarlo. Y, sin embargo, mientras veo donde está rendido el cuerpo, me pregunto por dónde está revoloteando el corazón; veo los miembros echados por tierra, pero veamos si la mente está quieta contemplando a Aquél que adora. o si, más bien, la mayor parte de las veces se deja arrastrar por sus pensamientos como por fuerte oleaje*” (*Comentarios a los Salmos 140,18*).

La oración es, por tanto, un *acontecimiento interior*. Hablar a Dios y escuchar a Dios que habla. “*Tu oración es una conversación con Dios. Cuando lees, te habla Dios; cuando oras, hablas tú a Dios*” (*Comentarios a los Salmos 85,7*). ¿Tienen importancia las actitudes exteriores, la postura del cuerpo? San Agustín se hace a sí mismo esta pregunta para responder a Simpliciano, sucesor de san Ambrosio en la sede episcopal de Milán, que le había pedido que le explicara un texto de la Escritura. Concretamente, Samuel 7,18. Se dice que entró el rey David y se *sentó* ante el Señor. San Agustín responde que también la Escritura habla de que el profeta Elías oró permaneciendo sentado. “*Estos ejemplos, en realidad, nos enseñan que no hay nada prescrito acerca de la postura que debe adoptar el cuerpo durante la oración, a condición de que el espíritu cumpla su intención en la presencia de Dios. Podemos orar, efectivamente, en pie, como hacía el publicano del Evangelio, que estaba de pie en un rincón; podemos orar de rodillas, como leemos en los Hechos de los Apóstoles, o incluso echados en la cama, como dice el salmista: ‘lavaré todas las noches mi cama e inundaré de lágrimas mi yacija’ (cama, sepultura). ...De todos modos, cuando surge el deseo de orar, es decir cuando viene*

a la mente un pensamiento que mueve el afecto a suplicar, en cualquier postura en que se encuentre, no se debe postergar la oración con el fin de encontrar un lugar apartado donde estar en pie o donde postrarse. La intención de la mente crea por sí misma soledad y muchas veces no recuerda en qué lugar o en qué postura corporal se encontrase” (*Cuestiones diversas a Simpliciano* 2,4).

En una carta dirigida a Paulino de Nola, sin embargo, subraya la eficacia de los gestos exteriores. El ser humano forma una unidad indivisible y los gestos externos mueven también nuestro interior. Es todo el hombre quien ora y no puede estar ajeno el cuerpo, aunque sean las disposiciones interiores las más importantes. “Muchos se marcan con la señal de la cruz en la frente, sin preocuparse de su significado. Dios busca realizadores de sus signos, no meramente pintores” (*Sermón* 32,13,13; *Sermón* 342,1).

Michel Quoist hace una advertencia muy oportuna. “*No hay que confundir la oración con todos los métodos modernos de concentración, relajación, meditación...de los que tan golosos se sienten los hombres de hoy. Son una especie de salvavidas útiles para occidentales náufragos que quieren poner a salvo su cuerpo y su corazón peligrosamente abandonados. Pero que sólo pueden dejarles hambrientos, cuando no están al servicio de un Encuentro*” (M. QUOIST, *A corazón abierto*, Salamanca 1983, p. 222).

La interioridad agustiniana va unida a la necesidad de trascendencia. El camino que comienza en uno mismo termina en Dios. “Entra dentro de ti mismo... trasciéndete a ti mismo...encamina, pues, tus pasos allí donde la luz de la razón se enciende” (*La verdadera religión* 39,72). “Vuélvete a ti mismo – podemos leer en uno de los sermones de san Agustín – pero en este retorno no hagas en ti mismo estación término. Ponte en las manos de Aquel que te hizo, y te buscó cuando estabas perdido y te halló cuando huías de Él, y te convirtió o volvió a Sí, cuando tú le volvías las espaldas. Vuelve, pues, en ti y vete a Aquel que te creó. Imita a aquel hijo menor, porque tal vez tú lo eres” (*Sermón* 330,3).

ORAR SIEMPRE O LA MIRADA CONTEMPLATIVA DE LA REALIDAD

“Si no quieres dejar de orar, no interrumpas el deseo; tu deseo continuo es tu voz, o sea tu oración continua” (*Tratado sobre la primera Carta de San Juan* 4,6)

La recomendación de Jesús , “*es necesario orar siempre y sin desfallecer*” (Lucas 18,1) o las palabras de san Pablo *orad sin interrupción* (1 Tesalonicenses 5,17) , fueron motivo de discusión en la antigüedad. Como también lo pueden ser hoy desde una lectura excesivamente literal. Algunos monjes llegaron a pensar que la oración se oponía al trabajo y san Agustín se vio obligado a defender la necesidad del trabajo manual. Con este argumento de fondo, escribió la obra *El trabajo de los monjes* donde actividad y vida contemplativa se combinan y justifican. Las diferentes interpretaciones de los textos bíblicos sobre la oración continua, ocasionaron divisiones y conflictos en un convento y Aurelio, obispo de Cartago, pidió la intervención de Agustín.

San Agustín ofrece una interpretación humana y razonable de las palabras bíblicas: “¿Acaso sin interrupción estamos de rodillas o postrados, o tenemos levantadas las manos para que nos mande orar

sin interrupción? Si tal cosa se nos pide al decir que oremos así, creo que nosotros no podemos orar sin interrupción. Hay, pues, otra clase de oración interior que es el deseo. Hicieras lo que hicieras, si permanece en ti el deseo de aquel descanso (de la vida eterna), sin interrupción oras. Si no quieres cortar tu oración, no interrumpas el deseo. Tu continuo deseo es la voz continua de tu alma. Callarás si dejares de amar. El frío de la caridad es el silencio del corazón; el ardor de la caridad es el deseo del corazón. Si siempre permanece la caridad, siempre clamas” (*Comentarios a los Salmos 37,14*).

Consecuencia de esta forma de oración es que la vida cristiana se convierte en continua alabanza a Dios. “¿Qué lengua permanece cantando perpetuamente tu alabanza? Ved que ahora se prolongó un poco el sermón y nos fatigamos. ¿Quién, pues, permanece alabando al Señor continuamente? Te sugiero un medio para que, si quieres, alabes perpetuamente a Dios. Todo lo que hagas hazlo bien, y así alabaste a Dios. Cuando cantas un himno alabas a Dios. ¿Y qué hace tu lengua si no alaba al mismo tiempo tu corazón?...Prepárate con la inocencia de tus obras para alabar a Dios perpetuamente” (*Comentarios a los Salmos 34,s.2, 16*).

“El deseo del corazón es una oración constante. Si tienes incesante deseo de Dios, entonces tú oras también incesantemente (...) Siempre ora el deseo aunque la lengua calle. Siempre oras si deseas siempre. ¿Cuándo languidece la oración? Cuando se enfría el deseo “ (*Sermón 80,7*). Esta identificación oración-deseo es luminosa. Se comprende, así, por qué tenemos que orar aunque Dios conozca todas nuestras necesidades y lea el fondo de nuestros corazones: “Nuestro Dios y Señor no pretende que le mostremos nuestra voluntad, pues no puede desconocerla; pretende ejercitar con la oración nuestros deseos, y así prepara la capacidad para recibir lo que nos ha de dar. Su don es muy grande, y nosotros somos menguados y estrechos para recibirlo” (*Carta 130, 8,17*). Y se comprende, también, la razón de la oración vocal, aunque la oración consista, esencialmente, en un diálogo interior: “Pero a ciertos intervalos de horas y tiempos, oramos también vocalmente al Señor, para amonestarnos a nosotros mismos con los símbolos de aquellas realidades, para adquirir conciencia de los progresos que realizamos en nuestro deseo, y de este modo nos animamos con mayor entusiasmo a acrecentarlo” (*Carta 130, 9, 18*).

Insistir sobre la oración constante pudiera despertar la sospecha de que el cristianismo es una religión espiritualista y desencarnada que separa de la realidad. Por eso san Agustín reflexiona, detenidamente, sobre las palabras de Jesús y sale al paso de la oración-alienación. Hay que orar siempre porque las cosas importantes de la vida –que tienen una dimensión interior– no admiten tregua alguna. También hay que amar siempre, respirar siempre. “Orad sin interrupción significa simplemente: desead siempre, sin cansaros, recibir del Único que os la puede dar, la vida feliz, es decir, la vida eterna. Si la deseamos siempre de Dios nuestro Señor, tampoco cesaremos nunca de orar” (*Carta 130,9,18*).

Nadie puede abandonar las actividades cotidianas y, mucho menos, adoptar una postura física de adoración durante un largo tiempo. El deseo, sin

embargo, puede lograr una actitud ininterrumpida de oración. “Tu deseo es tu oración; si el deseo es continuo, continua es la oración: El Apóstol no ha exhortado en vano a orar sin interrupción. Ciertamente, nosotros no podemos doblar las rodillas sin interrupción, no podemos postrar nuestro cuerpo, ni levantar las manos para responder a esta exhortación. Si entendemos así la oración, creo que no podemos hacerlo sin interrupción. Pero existe otra oración que no conoce interrupción, es la oración interior, es decir el deseo” (*Comentarios a los Salmos* 37,14).

Decir que el deseo garantiza la oración, no significa, de ningún modo, excluir unos tiempos dedicados específicamente a la oración. La recomendación de san Agustín en la Regla es clara: “Atended con esmero a las oraciones en las horas y en los tiempos establecidos” (*Regla* 2,10). El mismo san Agustín condena que las ocupaciones de algunos sean tantas en el monasterio, que no tengan tiempo para unirse a la oración (*El trabajo de los monjes* 17-20). Un padre recuerda a su esposa y a sus hijos durante el tiempo de trabajo y cuando se halla fuera de casa, pero como el deseo es grande, regresa cuanto antes y busca el momento de estar con las personas que más ama. Ni el teléfono, ni la carta, ni el Internet suplen la presencia, la caricia, el diálogo mirándose a los ojos. Si el deseo es verdadero –que es tanto como decir si el amor es verdadero– multiplica las formas de relación, los puentes de comunicación, los momentos de encuentro.

PARA EL DIÁLOGO EN GRUPO

- ¿Con qué dificultades tropieza el hombre contemporáneo para descubrir la necesidad de la oración en su vida?
- ¿Cómo entender que la oración es *un acontecimiento interior*?
- ¿Qué relación existe entre *interioridad, oración y conversión*?

¿EXISTE UN MÉTODO AGUSTINIANO DE ORACIÓN?

En torno a la oración han surgido distintas técnicas. Sobre todo, en el mundo oriental. ¿Tiene san Agustín alguna palabra que decir sobre los métodos de oración? No se puede hablar, propiamente, de un método pero sí de algunos apuntes e intuiciones de gran interés para la oración cristiana. Una pregunta básica es el para qué de la oración. Muchas veces se ha interpretado la oración como ejercicio de petición o recurso último. Agustín, sin embargo, centra la oración en Dios. Un grito del corazón es un grito de amor. “Quien pide a Dios otra recompensa fuera de Él, queriendo servir a Dios sólo por ella, estima más lo que quiere recibir que al mismo Dios de quien lo pretende recibir. Luego entonces, ¿ningún premio hemos de recibir de Dios? Ninguno fuera del mismo. El premio que da Dios es el mismo Dios” (*Comentarios a los Salmos* 72,32). “El que prefiere a Dios mismo éste invoca a Dios con verdad” (*Comentarios a los Salmos* 144,22). La gratuidad del amor exige la gratuidad de la oración.

La *interioridad* es lugar de encuentro del ser humano consigo mismo y con Dios. Por tanto, la oración exige capacidad de interiorización. “Refúgiate en tu alma –advierte san Agustín a Nebridio– y elévate hacia Dios cuando

puedas” (*Carta* 9,1). No puede haber interioridad sin silencio: “Por qué quieres hablar y no oír? Siempre quieres estar fuera y rehúsas estar dentro. El que te enseña está dentro” (*Comentarios a los Salmos* 139,15). Desde estas afirmaciones acerca de la importancia del hombre interior, todos los métodos quedan relativizados. No se trata de que el ser humano se repliegue sobre sí mismo, sino que adopte la actitud de *invocación*. “*Invocar a Dios es ofrecer tu propio corazón como morada para Dios*” (VAN BAVEL, T., *Cuando tu corazón ora...*OALA, México 2001, p.38). “Ellos invocan ciertamente, pero no te invocan a ti. Invocas a Dios cuando llamas a Dios a entrar en ti. Esto es invocarle: llamarle para ti, invitarle, en cierto modo, a que entre en tu corazón” (*Comentarios a los Salmos* 30, 2, s.3,4).

La oración agustiniana es oración del corazón, no repetición de palabras: “Los ruidos sin alma pueden llamarse sonidos, pero no voces. ¡Cuántos oran a Dios que no perciben a Dios, ni piensan bien de Él! Estos pueden tener el sonido de la oración, pero no la voz, porque allí no hay vida” (*Comentarios a los Salmos* 139,10). Expresado de otro modo, la oración es encuentro y diálogo desde lo más hondo de uno mismo. “No quieras estar ausente de Dios, no quieras estar ausente de ti mismo” (*Comentarios a los Salmos* 39,27). O, también, “entremos dentro de nosotros mismos y le reconoceremos en nosotros” (*Comentarios a los Salmos* 134,5).

El conocimiento que tiene san Agustín de la condición humana le lleva a moverse siempre en el realismo. Hay libros acerca de la oración que olvidan la psicología y la contextura de los orantes. Ya Teresa de Ávila –mujer de pies sobre la tierra– llamaba a la imaginación la loca de la casa. No todos los humanos podemos controlar nuestros pensamientos durante el tiempo de oración. Hay que intentar que la oración sea algo así como una zona verde, no edificable, pero en ese espacio levantan, con frecuencia, su tienda las preocupaciones que llevamos pegadas a la piel. El mismo san Agustín confiesa su fragilidad: “Mi única esperanza es tu extraordinaria misericordia. Porque cuando nuestro corazón se convierte en un asilo de tales miserias y alberga ese montón de vanidad, es perfectamente explicable que se interrumpan y alteren, con frecuencia, nuestras oraciones. Incluso en tu misma presencia, mientras dirigimos la voz del corazón hasta tus oídos, una bandada de pensamientos frívolos sale de no sé dónde y corta en seco un acto de tanta importancia (la oración)” (*Confesiones* 10, 35, 57). Llega así san Agustín a una conclusión tan humana como normal: “Nuestra oración es, incluso con buena voluntad, un fallo cotidiano, estupendo por el objeto que alabamos, pero pobre por el modo cómo lo alabamos” (*Comentarios a los Salmos* 145,6). En último término, la imperfección de nuestra oración nos lleva a reconocer la propia debilidad: “Es mejor para vosotros ser imperfectos en la alabanza a Dios que crecer en la alabanza a uno mismo” (*Comentarios a los Salmos* 145,4).

La oración es consecuencia de la profundidad de la fe. Oración y fe se expresan mutuamente. El único camino que conduce a la oración es esa experiencia de intimidad, de diálogo y de silencio que es la interioridad. Si el ser humano vive extrañado, fuera de sí mismo, no se puede hablar de oración.

CONFESAR, DESDE LA SENCILLEZ, LA NECESIDAD DE DIOS

En la *Carta a Proba*, Carta 130 dirigida a una mujer viuda, comenta san Agustín la sencillez del corazón o nostalgia de Dios que es la verdadera pobreza de Espíritu proclamada en el discurso de las bienaventuranzas. Agustín considera la situación de viudez como un ejemplo propicio para simbolizar la disposición humana ante la oración. Utiliza un término muy gráfico: “*desolatio*” (desolación). La viuda, aunque goce de seguridad económica y de la compañía de los hijos, experimenta un profundo vacío. Por eso se siente insegura, desamparada, desvalida. No hay nada que pueda cubrir el espacio dejado por la muerte del esposo. Es una actitud necesaria para la oración: “En estas tinieblas de la vida presente, en las que peregrinamos lejos del Señor, mientras caminamos por la fe y no por la visión, debe el alma considerarse desolada para que no cese de orar...Para ver hemos de limpiar nuestros corazones, pues *bienaventurados los limpios de corazón*, y sabemos que cuando aparezca, seremos semejantes a El, porque le veremos tal cual es” (*Carta 130*, II,5).

La limpieza o sencillez de corazón se opone a vivir atados por esa cadena de esclavitudes que todos tenemos tan cerca: El prestigio, la imagen, la resonancia de nuestros gestos, la aceptación de nuestras palabras...“Sólo tiene el corazón simple, o sea puro, quien sabe sobrevolar sobre la alabanza humana y en el vivir mira y busca únicamente agradar a aquel que ve dentro de nuestra conciencia. Todo lo que procede de la conciencia pura, tanto más merece alabanza cuanto menos deseo de ella muestra” (*El Sermón de la montaña 2*, 1,1). *Sobrevolar las alabanzas humanas*, además de un programa de libertad, es la actitud que nos inmuniza contra tantas frustraciones y tantas expectativas no cumplidas.

POR JESUCRISTO, NUESTRO SEÑOR

En la vida de Jesús la oración no sólo es una recomendación sino una realidad. Como advierte repetidas veces san Agustín, Jesús “no enseñó lo que Él mismo no realizó” (*La santa virginidad 35*,35). Jesucristo fue maestro de oración de los discípulos: “Oró para enseñarnos a orar; padeció para enseñarnos a sufrir y resucitó para infundirnos la esperanza en la resurrección” (*Comentarios a los Salmos 56*,5).

Y Jesucristo es mediador de nuestra oración ante el Padre: “Está con nosotros, habla en nosotros, habla de nosotros, habla por nosotros” (*Comentarios a los Salmos 56*,1). Es el Cristo total –Cabeza y miembros– el que ora y por eso la plegaria cristiana –confiada y familiar– sube hasta Dios Padre. “Ora en nosotros como nuestra Cabeza; y nosotros oramos a Él como nuestro Dios” (*Comentarios a los Salmos 85*,1). El que nos oye juntamente con el Padre, ora por nosotros ante Él (cf. *Sermón 217*,1).

La incorporación a Cristo es el primer paso para la oración. Aquí se apoya nuestra seguridad “porque Cristo, que es uno con nosotros, es también uno con su Padre” (*Comentarios a los Salmos 142*,3). La voz de Cristo se mezcla, a través de la historia, con los clamores y lamentos humanos; es la súplica del Cristo total. “*En la oración resuenan las voces del mundo entero...(...) Por eso en lo sucesivo va a resultar más incómoda la*

liturgia y más difícil la oración. No ya porque se hagan aburridas, sino porque resultan comprometedoras. Mientras ignoramos lo que sucede, mientras desconocemos nuestra obligación de participar en lo que sucede, seguimos tranquilos, nadie nos exige nada. Pero cuando llegamos a comprender que la plegaria, más que consuelo, trae responsabilidades, entonces nos vemos sin remedio enfrentados con el gran dilema: o ser consecuentes con aquello que la oración nos ha enseñado o abandonar la oración. La hipótesis de seguir haciendo una oración aséptica apenas cuenta ya con muy pocas probabilidades” (J.M^a CABODEVILLA, *Discurso del Padrenuestro*, Ed. BAC, Madrid 1971, pp.115-116). Que la oración está llamada a estimular la caridad y la caridad da consistencia a la oración es acercarnos ya al binomio inseparable oración-compromiso.

ORACIÓN Y COMPROMISO

Reflexionando sobre el salmo 146, escribe san Agustín: “Para estimular el oído canta con la voz, pero siempre que no callen el corazón y la vida” (*Comentarios a los Salmos* 146,2). El profesional de la música, como el actor, hace una representación teatral. Puede manifestar amor hacia una persona que le resulta indiferente si así lo exige el guión de la obra. En la oración, por el contrario, no cabe la falta de armonía entre los sentimientos y las palabras. “Dios se preocupa más de cómo se vive que de lo que se canta; cuando la lengua canta una cosa y la vida manifiesta otra, se cae en una disonancia, y la disonancia no es bella ni agradable” (*Comentarios a los Salmos* 146,3).

La oración cristiana no es una excusa para dar la espalda a la participación activa en la tarea de la transformación del mundo. “*Tu oración llega a ser total* –comenta la Regla de Taizé– *cuando hace cuerpo con tu trabajo*”. Agustín no olvida que el amor a Dios y el amor al prójimo se funden en un mismo abrazo: “No puedes decir: Amo al hermano, pero no amo a Dios. Pues así como mientes si dices: Amo a Dios y, sin embargo, no amas al hermano, igualmente te engañas cuando dices: Amo al hermano, si estás convencido que no amas a Dios. Es necesario, si amas al hermano, que ames al mismo amor, y *Dios es caridad*. Luego es necesario que ame a Dios quien ama al hermano” (*Tratados sobre la Primera Carta de San Juan* 9,10).

El testimonio de la vida de san Agustín es la mejor prueba de la síntesis acción-contemplación o de la fecundidad de una actitud contemplativa verdadera. La oración se manifiesta en la vida y la vida se hace oración. Cuando uno ora a Dios en espíritu y en verdad, no se aparta de los demás. “Nadie debe estar tan embebido en las cosas de Dios que se olvide de los hombres, sus hermanos. Ni tan inmerso en las cosas de los hombres, que se olvide de las cosas de Dios” (*La ciudad de Dios* 19,19).

Otro aspecto importante es la participación o compromiso de toda la persona en la oración. No se trata de repetir palabras ni de ritos sólo externos. Se puede orar sin palabras y las muchas palabras, como los muchos silencios, no garantizan siempre la oración. “Es necesario que alabéis a Dios con toda vuestra persona, no lo alabéis sólo con la lengua o la voz, sino con toda vuestra conciencia, con vuestra vida y con vuestras obras. Ahora que estamos reunidos en asamblea alabamos ciertamente a Dios, pero

cuando cada uno vuelve a sus ocupaciones, ¿cesa acaso la alabanza? Interrumpes la alabanza a Dios, si te alejas de la justicia y de lo que le gusta a Él. Si, por el contrario, no te alejas de una vida honesta, aun cuando calle tu lengua, grita tu vida" (*Comentarios a los Salmos* 148,2).

Para orar son necesarias pocas palabras. En el Nuevo Testamento encontramos un muestrario de fórmulas muy breves pero, a la vez, de un gran significado: "Señor, que vea", "Hágase tu voluntad", "Auméntanos la fe", "Tú sabes que te amo"...No importa tanto lo que nosotros decimos, ni siquiera lo que somos y sabemos. Lo importante es lo que Dios hace en nosotros si le hacemos espacio. "Dios es plenitud y el ser humano vaciedad; si quieres llenarte, acércate al que está lleno", escribe Agustín (*Sermón* 133, 6). La convicción radical es sabernos amados por Dios. Como escribe una de las grandes maestras de oración, Teresa de Jesús, "que no es otra cosa, a mí parecer, la oración mental, sino tratar de amistad, estando muchas veces a solas con quien sabemos nos ama" (*Vida* 8,5). Y en el famoso libro de las *Fundaciones* escribe, "el verdadero amante en todas partes ama y siempre se acuerda del amado; recia cosa sería que sólo en los rincones se pudiese traer oración" (5,16). Textos teresianos de clara resonancia agustiniana. No olvidemos la simpatía de Teresa de Jesús por Agustín de Hipona. Teresa ora en la carreta mientras recorre los caminos, y cuando realiza labores de cocina entre los pucheros, porque como afirma san Agustín, "está más cerca de nosotros el que nos creó, que todas las demás cosas que creó" (*Comentario literal al Génesis* 5,16,34).

ORACIÓN – CONTEMPLACIÓN

Oración-interioridad y contemplación, forman un tríptico singular en el pensamiento agustiniano y en la espiritualidad cristiana más auténtica. En la práctica, sin embargo, se rompe la unidad de este tríptico y queda, más o menos, así: La oración es preceptiva para todos los cristianos, la interioridad es monopolio de la vida monástica y la contemplación está reservada para algunas personas selectas. Mitad lujo conventual, mitad actividad de dudosa justificación y eficacia.

Si a la puerta de nuestras Iglesias, a la salida de la misa de una de un domingo cualquiera, preguntáramos a los fieles: ¿Es usted contemplativo?, podíamos encontrar respuestas como éstas: Yo no, pero mi vecina tiene una prima monja de esas que no salen del convento. O, también: ¿Contemplativo yo? A mí no me van esas cosas del yoga. ¡Buena tengo yo la columna para esos ejercicios que hacen los orientales! Además, así comenzó la hija de un cuñado mío y terminó en una de esas sectas... Caricaturas aparte, una deficiente pedagogía de la oración nos ha llevado a estos extremos.

Una oración sin interioridad y sin contemplación se convierte en charlatanería. "También a los mirlos, a los papagayos, a los cuervos, a las picazas y a las aves de esta especie las enseñan los hombres a pronunciar lo que ignoran (...) Lo que hemos cantado con voces acordes debemos conocerlo y contemplarlo en la quietud del corazón" (*Comentarios a los Salmos* 18,2,1).

Igualmente, puede darse una contemplación sin interioridad. Contemplación vacía, estéril. Monólogo donde a Dios no se le concede la palabra y, las más de las veces, constituye un extraño ejercicio de narcisismo

farisaico. “*Gracias, Señor, porque no soy como los demás hombres...*” (Lucas 18,11 y ss.). Como Dios no interpela, la oración no lleva a la conversión sino a la perversión, porque sirve para reforzar los propios criterios.

Estamos, naturalmente, hablando de formas cristianas de oración. También puede existir una interioridad sin contemplación. Interioridad centrípeta y alienante que nos enclaustra y es enfermiza porque comienza y termina en uno mismo. Un viaje sin destino. Como aquellos tióvivos de nuestra infancia que montábamos en las ferias. Después de dar vueltas y vueltas, resulta que aparecíamos en el mismo lugar. Y eso que, durante unos minutos, habíamos viajado en un coche o en un avión. Las atracciones de feria modernas, hasta ofrecen naves espaciales.

Una interioridad sin contemplación carece de referencia. No existe Dios en la otra orilla y por eso es compatible con mil formas de inmovilismo. Interioridad cerrada, sin alteridad.

La *oración-interioridad-contemplación* agustiniana, es encuentro, pregunta, autocrítica, interpelación, experiencia vivificante de conversión. Lo contrario es superficialidad, apariencias, dispersión, maquillaje, alboroto de palabras. “Para alabar a Cristo, no seas alborotador de palabras con las voces y mudo con las obras” (*Sermón 88,12*).

Característica definitoria de la oración agustiniana es la interioridad, identificable con el grito o el clamor del corazón. “Clame al Señor con la voz del afecto del corazón, no con el ruido y estruendo de los labios” (*Comentarios a los Salmos 141,2*). “Clamor del corazón, no de la boca ni de los labios” (*Sermón 156,15*).

Para san Agustín, fiel a su teología de la gracia, una experiencia de este género sólo es posible porque Dios asume la iniciativa y decide por adelantado concederle al ser humano su amor. “De hecho no amamos si antes no somos amados” (*Sermón 34,2*).

BÚSQUEDA DE DIOS Y CONTEMPLACIÓN

Búsqueda de Dios y contemplación son inseparables para san Agustín. Su itinerario vital es la aventura de un explorador que busca a Dios en la belleza de la naturaleza, en la riqueza inagotable de la Sagrada Escritura, en la profundidad de sí mismo, más íntimo que cuanto hay de íntimo en nosotros (cf. *La doctrina cristiana 1,33,37*), en la vida de la Iglesia, en los acontecimientos de la historia.

A esta sed interior de Agustín hay que sumar su formación filosófica. Basta recordar a dos de sus maestros: Cicerón y Plotino. La lectura de Cicerón le provocó el deseo por la sabiduría inmortal. Plotino le desveló el rostro de la belleza increada. El Agustín camino ya de la conversión, con la Biblia en la mano, secunda la invitación de la Escritura: “*Buscad al Señor y vuestra alma vivirá*” (Salmo 68,33), “*buscad y encontraréis*” (Mateo 7,7), “*ahora vemos como en un espejo de manera confusa, pero entonces veremos cara a cara*” (1 Corintios 13,12).

El punto central de la antropología agustiniana es el hombre imagen de Dios. En cuanto creado, es *imagen de Dios*, aunque imagen imperfecta (*La Trinidad 10,12,19*) y, al mismo tiempo, *mendigo de Dios* (cf. *Sermón 56,9*).

Dios debe ser buscado también cuando se le ha encontrado (*Comentarios a los Salmos 104,3*). “Está claro, pues, que el *buscad*

siempre su rostro no significa que en esta búsqueda en la que se expresa el amor, el reencuentro signifique el final, sino más bien, que en la medida en que aumenta el amor, aumenta la búsqueda de la persona encontrada” (*Comentarios a los Salmos* 104,3).

Búsqueda permanente. “Toda la tarea de esta vida es la de curar el ojo del corazón con el que se pueda ver a Dios” (*La doctrina cristiana* 1, 36,40). Buscar a Dios constituye la esencia de la contemplación. La actitud ante Dios no puede ser otra que adorar, dar gracias, alabar, gozar, que es la esencia de la oración y de la contemplación.

¿Por qué pensar, entonces, que la contemplación está reservada a un grupo minoritario de personas o que va unida a una serie de fenómenos extraordinarios? Probablemente, porque hemos olvidado que la contemplación es obra del Espíritu Santo que actúa en nosotros mediante sus dones gratuitos. Recojo un texto de Thomas Merton: “*En verdad, no se concederá la contemplación a aquellos que voluntariamente se alejen de Dios, que reduzcan toda su vida interior a cumplir con rutina unos cuantos ejercicios de piedad y actos externos de adoración y servicio, llevados a cabo como un deber. Estas personas procuran evitar el pecado y respetan a Dios como a un amo, pero su corazón no le pertenece, pues no están realmente interesados en Él si no es con la intención de asegurar el cielo y evitar el infierno, pero en la realidad de los hechos, sus mentes y sus corazones están absorbidos en sus propias ambiciones, preocupaciones, comodidades, en sus placeres y en todos sus intereses, ansiedades y temores mundanos. Invitan a Dios a entrar en sus interioridades confortables sólo para que les resuelva las dificultades y les otorgue sus recompensas*” (*Meditación y contemplación*, Ed. PPC, Madrid 1997, p. 107).

Por tanto, la contemplación no es homologable con estética espiritual y tampoco admite intermitencias. No hay un horario para la contemplación. “Se debe conservar en la voluntad el gozo del silencio, usar según necesidad la palabra en la enseñanza...Coloca tu alegría en el escuchar a Dios, en tu hablar que te mueva únicamente la necesidad ...¿por qué quieres hablar y no escuchar, salir continuamente fuera y rechazar el volver dentro? Recuérdalo, tu maestro está dentro...De todos modos, si te gusta tanto arrojarte en la acción externa, cuídate del inflarte de modo que no te sea ya posible volver a entrar por la puerta estrecha y tu Dios no pueda decirte: *entra en el gozo de su Señor...*” (*Comentarios a los Salmos* 139,15).

Todos necesitamos orar. “Oró Pedro, oró Pablo, oraron los restantes apóstoles, oraron los fieles de los primeros tiempos, oraron los fieles de los tiempos posteriores a ellos, oraron los mártires, oran los fieles de nuestro tiempo, y orarán los fieles de los tiempos sucesivos” (*Comentarios a los Salmos* 101,s.1,3) La primera actividad del evangelizador es la oración. “Orante antes que orador” (*La doctrina cristiana* 4,15). Lo mismo se puede decir de la primera tarea de una comunidad religiosa. “*Una vida común sin oración común no sería vida común*” (A.TRAPÉ, *La Regla de San Agustín*, Madrid 1978, p.210). Además, en la Orden agustiniana el valor de la plegaria en común proviene del sentido eclesial que san Agustín pretendió para sus comunidades. Debían ser, según san Agustín, una Iglesia en pequeño, concreción e imagen viva de la Iglesia universal.

La oración no puede ser una cosa tan difícil y complicada, cuando Jesús

extiende a todos la invitación a orar. Quiso, además, enseñarnos a orar (*Mateo 6,5-13; Lucas 11, 1-5*)

DISTINTAS INTERPRETACIONES DE UNA MISMA MELODÍA

El binomio oración-vida hace que el contenido de la plegaria obedezca y se acomode a las distintas situaciones personales. Hablamos, así, de oración de alabanza, de petición, de acción de gracias... “Ninguna obra mayor, ninguna ocupación mejor hay en la tribulación como alejarse de aquel bullicio, que se halla fuera, y dirigirse al interior del aposento de la mente e invocar a Dios allí donde nadie ve al que gime y al que socorre” (*Comentarios a los Salmos 34, s.2,3*). Así expresa san Agustín cómo la oración recibe la modulación de cada momento vital. La oración llega hasta Dios como un clamor que recoge la tristeza, el dolor, la esperanza, el gozo (cf. *Comentarios a los Salmos 101,2*). En la tierra se escucha continuamente un inmenso coro de gemidos humanos. Todo este clamor se concreta en las peticiones que dan cuerpo al Padrenuestro.

Los salmos y el Padrenuestro son las oraciones preferidas por san Agustín. Como oración de los hijos de Dios, el Padrenuestro es la expresión más clara de la espiritualidad cristiana. Plegaria filial y fraternal que exige la aceptación de la voluntad de Dios por encima de nuestros proyectos, el ejercicio del perdón, el compromiso con el Reino y el reconocimiento de nuestra fragilidad que se manifiesta en la tentación.

El Padrenuestro recoge nuestros deseos. Sus siete peticiones contienen todo lo que podemos amar y desear convenientemente (cf. *Carta 130, 6,12*). Es la oración de *la ciudad de Dios* (*La ciudad de Dios 20,27*), el resumen de la Escritura (*Carta 130,22*), la oración por excelencia. “No orarás si no dices esta oración; si empleas otra, Dios no te oirá, puesto que no te la dicta el Legislador a quien envió. Luego es necesario que, cuando oremos, oremos conforme a esta oración; y cuando la pronunciamos, entendamos bien lo que decimos, porque Dios quiso que fuese patente. Si no oráis, no tendréis esperanza. Si oráis de distinto modo que enseñó el Maestro, no seréis oídos. Si mentís en la oración, no suplicáis. Luego se ha de orar y se ha de decir la verdad; y ha de orarse como Dios enseñó” (*Comentarios a los Salmos 103,19*).

El salterio contiene el argumento de la vida humana: el grito del necesitado, el reconocimiento de la majestad de Dios, la contemplación de las obras de Dios, hasta el pulso del ser humano con Dios cuando se siente desamparado o la protesta cuando no entiende los planes de Dios. Agustín expresa en las *Confesiones* su amor por el salterio: “¡Qué voces te di, Dios mío, leyendo los salmos de David, esos cantos de fe, esas cadencias de piedad que están en tan marcado contraste con todo espíritu de orgullo! ... ¡Qué voces te daba yo en aquellos salmos y cómo me inflamaban en amor hacia ti! ¡Ardía en deseos de recitarlos, si me fuera posible, al mundo entero contra el orgullo del género humano! (9, 4,8).

Quien habla en los salmos es el Cristo total. “Debemos tener por cosa conocidísima y muy familiar, ya que su voz es como si fuese la nuestra en todos los salmos, ya cante, ya gima, ya manifieste alegría en la esperanza, ya suspire por alguna realidad” (*Comentarios a los Salmos 42,1*).

ORAR EN UN MUNDO DE RUIDOS Y DE PRISAS

Hablamos de la oración y, como si se tratara de una sintonía, se repite la llamada a la interioridad. Interioridad que exige recogimiento, silencio, intimidad. Un clima que choca frontalmente con el paisaje urbano y hasta con el paisaje doméstico. Vivimos rodeados de ruidos. Hasta hay personas que parecen adictas al ruido. Entran en casa y encienden, casi automáticamente, la televisión, el tocadiscos, el aparato de radio... La ciudad ofrece un alto nivel de ruidos. Es ese rugido indefinido de coches y máquinas que forma un concierto irritante insoportable.

Una de las notas de la gran ciudad es el ruido y no hay razones para revivir un pasado con el canto de los pájaros como única música de fondo, sólo rota por el chirriar de los carros de los arrieros o el paso de los rebaños por las cañadas.

En la conciencia de algunos cristianos existe la convicción de que la ciudad no es el medio adecuado para lo religioso. La ciudad es símbolo de deshumanización, de inseguridad, de masificación, y presenta un perfil más secularizado. No hay razones, sin embargo, para pensar que es imposible orar en la ciudad. ¿Cómo va a serlo si es nuestra casa? Aunque el Evangelio hable de campo, de lagos y de vida agrícola, Pentecostés tiene por escenario la gran ciudad. “*Estando comiendo con ellos, les encargó que no se alejaran de Jerusalén...*” (Hechos 1,4) y, unos versos más adelante, “*Entonces se volvieron a Jerusalén desde el monte de los Olivos, que dista de Jerusalén tan sólo un camino de sábado*” (Hechos 1,12).

Vivir en la ciudad supone orar en la ciudad. No sólo atender a unas citas sacramentales, sino desarrollar la relación teológica, reconocer la presencia amorosa de Dios, poner en práctica la fe, la esperanza y el amor. Todo ello con ruido de coches, con gritos de chicos y el estrépito de las motos que aturde a cualquiera. En medio de esta selva de ruidos, hay que orar. Con los ojos bien abiertos para contemplar el paso de Dios y escuchar los rumores de trascendencia que se perciben en muchos corazones humanos.

Hablar de Dios, hablan hasta los ateos. Hablar con Dios sólo es posible desde la fe y el amor. No importa el lugar. “Cuando nos viniere, de repente, el deseo de orar, entonces no debemos postergar la oración para buscar un lugar donde retirarnos... La concentración misma del espíritu crea cierta soledad” (*Cuestiones diversas a Simpliciano 2,c.4*). El oído de Dios siempre está cerca del corazón del hombre (*Comentarios a los Salmos 118, 29,1*)

PARA EL DIÁLOGO EN GRUPO

- ¿Qué notas son características de la *oración agustiniana*?
- ¿Qué aspectos te parecen más importantes?
- ¿Cómo orar en un mundo de ruidos y de prisas?

